

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por un año. 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 15 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, —jueves y domingo.

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibajante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

El señor San José, esposo feliz de la más paridera doncella que han conocido las edades, es ciertamente un santo exornado con todo el aparato que su argumento requiere.

No, no es el señor San José un santillo de esos de tres al cuarto, de los cuales nadie se acuerda y á quienes hasta las más devotas aficionadas á novenas olvidan en sus oraciones interminables; díganlo si no los ramilletes, las fuentes de natillas, los bizcochos, los platos decorados, las tartas de almendra, las lindísimas cajas de dulces, los hojaldres magníficos, los manguitos delicados, las tiernas empanadas, los pasteles exquisitos que á estas horas son llevados de acá para allá, de una en otra casa, y que revelan toda la inmensa importancia, toda la autoridad de que goza entre nosotros el mencionado señor San José, esposo de Santa María y padre número tres de nuestro señor Jesucristo.

Sabido es que en esta católica España la mayor ó menor devocion á un santo se expresa con mayores ó menores excesos de gula. A mayor santidad, mayor glotonería.

Por eso digo que el señor San José es para los católicos españoles de gran respeto y profunda veneracion, protector de todo buen esposo, patron de los carpinteros y causa inocente de un número infinito de cólicos y de indigestiones.

Dada la importancia de este santo varon, si yo tuviese algun trato, aunque no fuese muy íntimo, con esos cortesanos de la Providencia, palaciegos de Dios, que se llaman santos, ángeles, arcángeles, serafines, querubines, etc., etc., me dirigiria al señor San José y le suplicaria que me explicase lo que sucede en esta tierra en que tantos dulces y tanto arroz con leche se come en su honor.

Acaso él acertaria á explicarme cómo La Nacion, periódico tan liberal por lo ménos como San José santo, ha hecho, despues de dos años de revolucion, el donoso descubrimiento de que no hay derechos ilegales.

Tal vez me explicara cómo La Polittica, despues de año y medio de discusion parlamentaria, declara que nada nos importa lo que sucede en Puerto-Rico.

El me diria cómo ha podido olvidar tan pronto el general Prim que antes de setiembre de 1868 se prometió la abolicion de las quintas, por él primero y por todos los que van á votarla despues.

Verdad es que en esto de las quintas, D. Juan Prim dice perfectamente: «No sabe el quinto, ni la familia del quinto, la felicidad que les cae encima cuando el mozo tiene la suerte de caer soldado.»

Ahí es nada: calcula tú, mozo inocente, calcula tú lo que seria de tu vida si permanecieses en tu pueblo; calcula lo que puedes ser sirviendo al rey;

compara despues un destino á otro destino, y comprenderás toda tu dicha.

¿Qué puedes esperar en tu pueblo? Trabajar todo el dia, regar la tierra con el sudor de tu rostro bajo el pretexto frívolo y hasta ridículo de ayudar á tu anciano padre: comer mal, dormir en el duro suelo, casarte despues con una muchacha jóven como tú y como tú robusta, que te llenaria de hijos á los pocos años. Esto es todo.

Por el contrario, vas al ejército: allí la nacion agradecida te paga vistosos trajes, elegantes plumas, arreos marciales; comes buen pan (el mismo que come D. Juan Prim, ya tú ves); del rancho no hay que hablar, es exquisito: tus ocupaciones no son penosas; lucir tu persona en paradas, formaciones y revistas; aprender el ejercicio y decir chicleos á las criadas.

Así las cosas, puedes llegar, si eres dispuesto y de buena conducta, á cabo segundo, y ¿quién te tose á tí con un galon en la manga?

Cuando digo á Vds. que es un placer el ser militar.

Y siempre que lo considero me admira una circunstancia; es la siguiente: cómo siendo esta una tan envidiable cosa hay recelos de que no puedan cubrirse voluntariamente las plazas?

Porque hay que desengañarse; á lo que es bueno todos acuden y lo que sobran son personas que lo pretenden.

Ahí tienen Vds. otro misterio, cuya aclaracion pediria yo tambien al señor San José, si por ventura me encontrase en su presencia y pudiera dirigirle la palabra.

NUEVO SISTEMA

Y no seria eso solo. Algo procuraria inquirir acerca de lo que nuestros políticos nos preparan para dentro de poco.

Porque es indudable que se prepara algo. Parece que ese algo se respira en la atmósfera: que existe un quid misterioso en rededor nuestro, que yo no puedo explicarlo, pero sospecho que hemos de ver algo muy curioso dentro de poco tiempo, y celebraria equivocarme.

Pero es original esto. Verificase el lance que conocemos todos, y cuyo resultado fué la muerte de D. Enrique de Borbon.

Y unos partidarios del duque le abandonan, y sus enemigos antiguos se declaran partidarios, y los más íntimos amigos guardan profundo silencio; ¿por qué esas variaciones?

¡Oh! pues si caemos en la cuenta de que para ser rey basta el tener presencia de espíritu para aguardar á pié quieto la bala de un adversario, todos los dias vamos á presenciár duelos á docenas.

Lo que algo vale, algo cuesta; y hombre habría que por ocupar el trono fuera capaz de batirse con el alma de su padre.

Insisto en lo que dije antes: el valor del que se bate no me admira, ni creo yo que este sea valor, pareciéndome mejor, en nuestras condiciones sociales, un rasgo de vergüenza; el valor que me espanta es el de quien pretende ser rey, el valor de quien tanto lo solicita, el heroísmo de quien con tal insis-

tencia lo pretende, y el arrojo temerario, la osadía inaudita de quien imposible parece! si es nombrado por las Córtes, aceptará la corona de España.

«Esto sí que es valor; lo demás es cuento. Yo no sé si la cosa sucedera así; pero si sucede... ¡pobre rey!

A. Sanchez Pérez.

JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.

Tres eran, tres, los individuos de la comision de actas.

Las renunciaciones de cargos gratuitos menudeaban en aquel tiempo.

Las solicitudes de destinos retribuidos no padecian baja alguna.

El Sr. Madoz creia que los cargos gratuitos no eran renunciabiles.

Ilusion nacida de un honesto deseo; pero... ¡Y dicen que ya no hay ilusiones!

¡Pues no las ha de haber! El general Prim celebra que el soldado con su rancho, su traje de municion, con perder cuatro años, los mejores de su juventud, es más feliz que el paisano.

¡Con que, qué tal vivirá el paisano en España, cuando lo mejor que puede sucederle es caer soldado!... Tu divisti.

Y de ahí una mayor necesidad de sostener los ejércitos permanentes y numerosos, no solo para afianzar el orden público, sino para repartir la felicidad castrense entre los jóvenes españoles.

Y segun el mismo general Prim, no solo son más desgraciados los paisanos, sino que aun tienen la desdicha de no comprender las delicias cuartelarias, supuesto que, por más que se les excita, no quieren entrar de soldados rasos voluntariamente.

No quiero que se me olvide lo que decia ayer un diputado, que estuvo delicioso.

Hablaba de la necesidad de la enseñanza obligatoria, y decia: «Impóngase una pena al que no sepa leer: vaya al ejército.»

Señor, si hubiese dicho impóngase una pena al padre del que no sepa leer, yo lo habria entendido; pero eso de castigar á un mozo por el delito de haberlo privado de enseñanza su padre, me pareció cosa muy de orden, porque no me atreví á entenderlo.

Y añadia él: «Impóngasele penas, pues habiendo facilitado la instruccion, si no sabe, será por culpa suya ó del abandono del ayuntamiento.»

Pues, ¡demonio! pensaba yo: si se ha de penar al culpable, declaren soldado al ayuntamiento y no al pobre chico.

Una de dos: ó el padre ó el municipio serán los que tengan la culpa de la ignorancia del mozo sortable; ¿por qué, pues, idear castigo contra el único que podria reclamar daños y perjuicios?

Sin duda mi teoria debe ser federalisima, porque veo que es enteramente opuesta al orden.

No he visto cosa como el orden.

Ni pudo haber orden con Borbones, ni puede haber orden si se les expulsa.

Ni podia crearse el orden actual sin proclamar la

abolición de quintas, ni puede conservarse sin quintas.

Ya no son políticos los hombres que hacen falta para apoyar al ministerio, son teólogos, y en mi concepto, si de algún modo se había de aprovechar el presupuesto del clero, sería llamando á los obispos para que en un concilio nacional fallasen sobre la cuestion de quintas, aunque fuese menester, que lo sería sin duda, darles una propineja por este trabajo extraordinario.

¡Pues no achaca el marqués de Sardoal la heroica defensa de Gerona á los 7.000 hombres de guarnicion que al principio tenia la ciudad!

¡Esto es lo grande! Los clérigos lo atribuyen á San Narciso; el Sr. Sardoal á los soldados forzosos; el pobre patriotismo, el mísero entusiasmo, las virtudes cívicas de viejos, mozos y mujeres, no son dignos de mencion en aquel heroico sitio. Si Gerona se sostuvo, fué porque de los que la defendian 7.000 eran hombres llevados por fuerza al ejército.

¡Ah! si se hicieran diputados por fuerza, y clérigos por fuerza, y ministros por fuerza, sin duda andaría mejor la cosa.

Sería de probar.

El Sr. Abarzuza hizo notar que en la última memoria del general Concha, dice este señor que antes de la batalla de Alcolea no le daban cuidado los soldados forzosos que se adelantaban por Andalucía, sino los paisanos voluntarios que andaban con el general Prim.

Pero este es argumento de izquierda y no se hizo para uso del poder. El día que este poder esté sentado á la izquierda, no haya miedo que deje de aplicar oportunamente las palabras del Sr. Abarzuza, así como Castelar aplicó hace poco las del general Prim cuando era izquierda: «Encerrad las tropas en los cuarteles y veremos quién es mayoría.»

Lo que ignorábamos el ministerio y yo era que habiendo 80.000 hombres de tropa pudiese haber 100.000 que estuviesen en los hospitales.

El gobierno se divirtió un rato al ver que el señor Cervera, siendo médico, creyese que podian constar más soldados enfermos que el total de los soldados.

Yo creia que un soldado solo tenia derecho á estar enfermo una vez durante su carrera, y el gobierno lo creia tambien, pero el médico nos reveló que aparte del derecho á fallecer, de que el soldado suele hacer uso, tiene tambien el de enfermar repetidamente, lo cual es causa de que en una guarnicion los soldados sean ciento y en los hospitales resulte que fueron trescientos, y en los cementerios añadan diez á la cuenta.

Ese derecho tan amplio del soldado lo coloca todavía en situacion más envidiable que la que le habia supuesto el general Prim.

Cuando Schiller publicó su drama *Los bandidos*, se despertó fiebre de bandolerismo en la juventud alemana.

Cuando Goethe publicó el *Werther*, se propagó la manía del suicidio.

Después del elogio que el general Prim ha hecho del rancho y del cuartel, espero que su ardor marcial se comuníque á la mocedad española y se pujan unos á otros mis jóvenes compatriotas ofreciéndose á servir gratis bajo las banderas de Montpensier.

Roberto Robert.

CANTÁRIDAS.

IX.

A la patria.

(Parodia.)

¡Cuán desdichada la nacion que un día salvára á la inocente!
¡La nacion cuyo despota vivia en la plaza de Oriente!

¡Muchas fábulas tienes á la vista, patria de Samaniego,
y nadie de tu boca progresista
quita el himno de Riego!

La abundancia, la paz y otros boliches
en tí vertió Alcolea,
cuando perdió la lengua Novaliches
y el sueño aquella aldea.

Y vimos, porque así lo quiso el cielo,
caer el trono impuro,
como caen las ciruelas del ciruelo,
si el fruto está maduro.

¡Oh vosotros, del mundo habitadores!
mirad como lo entiendo:
¡igualarse podrán los comedores
á los que estais comiendo!

Yo, desterrado para siempre acaso
de esa fonda patriota,
seguiré con la vista paso á paso
los pasos de la bota.

Los moderados gobernaban antes
á tus hijos presentes,
y el cetro de los últimos instantes
es hoy un mondadientes.

Tendió sus brazos la agitada España
al progreso implorando,
y vino al fin; pero la ruin zizaña
desarregló su bando.

¿Qué se hicieron ¡oh patria! tus conquistas?
¡Ya nadie te conoce!
¿Dónde fueron aquellos progresistas
que habia el año doce?

¿Dónde está la de Cádiz noble gente?!
No es fácil conocerla;
solo algunos acuden tristemente
al café de la Perla.

Un tiempo Argüelles fué, fué Calatrava,
en días de reyerta;
y la patria feliz los escuchaba
con tanta boca abierta.

Como el vientre de Olózaga en verano,
su corazon se henchia;
y lo mismo que el inclito Serrano
subia y más subia...

Mas ora como plato codicioso
estás sobre la mesa,
do vagan más de mil haciendo el oso
á tan dorada presa.

De unionistas y puros, ya la cara
cubren las servilletas,
y el enemigo que escapó, prepara
ocultas bayonetas.

¡Oh cimbríos! preparad vuestros talones
para volver á Francia,
y acompañad con tristes oraciones
la perdida *jamanca*.

Desterrados ¡oh Dios! de ese garito
llamado presupuesto,
¿quién calmará ¡oh España! su apetito,
—ni quién va á arreglar esto?

Dr. Sangredo.

NUEVO SISTEMA.

Si la malicia fuera mi cualidad más sobresaliente,
¿qué deberia yo decir á mis lectores acerca del ministro de Hacienda?

O de otro modo:
Si los españoles son maliciosos, ¿qué deben pensar del Sr. Figuerola?

Y lo peor es que con tanta torpeza como se viene cometiendo en España antes y después de la revolucion, los españoles tienen motivo sobrado para ser maliciosos y no creer en nada ni en nadie.

El ministro de Hacienda, ¿sabe arreglar la Hacienda?

Dicen que esto es imposible.
En ese caso, ¿por qué se compromete á arreglarla?

El ministro de Hacienda, ¿es tonto?
No hay ministro tonto en el mundo.
Luego si no es tonto, y no puede arreglar la Hacienda, y continúa en el ministerio de Hacienda, ¿por qué continúa?

Fué ministro desde los primeros momentos de la revolucion.

Sabia que con soluciones débiles no era posible hacer dinero. No quiso optar por las soluciones revolucionarias. Pasó por un alto presupuesto de guerra, por un alto presupuesto de clero, por cargas de justicia, pasó por todo.

La opinion pública le fué desfavorable.
Contrató un empréstito.
La opinion se sublevó ante esta idea ruinosa.
Contrató otro empréstito.
La opinion gritó.
Otro empréstito.
Así empezó este ministro.

Tales llegaron á ser los clamores, tales llegaron á ser los empréstitos, tales llegaron á ser los apuros, que el ministro salió del ministerio, y la opinion pública se tranquilizó un poco.

Pero al poco tiempo la opinion comenzó de nuevo á llenar el espacio con grandes clamores.

¿Por qué?
Porque el ministro aquel volvia á encargarse de arreglar la Hacienda española.

¿Y por qué?
Se ignora.

Lo habia hecho muy mal; no se habia visto nada peor; á su salida quedaba el país entrampado á fuerza de empréstitos...

Y sin embargo, este ministro era una necesidad. Este ministro era nuevamente llamado por el general Prim.

Aquí se presenta un problema cuya resolucion no deja de ser difícil.

¿Quién fué más culpable, el general ó el ministro?
¿El general que llamaba al ministro impopular que habia hecho tanto daño, ó el ministro impopular que se volvia á encargar de nuevo del ministerio?

¿Quién se atreve á decir cuál es el más patriota de estos dos señores?

Pero tranquilicémonos.

La prensa, representante de la opinion, asegura que el Sr. Figuerola viene por segunda vez al ministerio con un plan de Hacienda meditado durante algunos meses.

Su excelencia ha hecho un viaje.
Ha visto al gran turco. Ha estado en Constantinopla.

Su excursion por Oriente ha debido inspirarle nuevas ideas.

En aquel país, donde el ciudadano es una cosa que depende por completo de la voluntad absoluta del sultan, el gobierno no se ve nunca apurado.

Cuando necesita dinero, lo pide. El pueblo paga. El que se resiste á pagar, sufre su merecido. No hay apelación. Se paga á buenas ó á malas.

¿Qué traerá pensado el señor ministro de Hacienda?
¿Una contribucion general impuesta á todos los ciudadanos sin distincion de sexos ni edades?

¿Un impuesto personal cobrado á cañonazos?
¿Algunas alcabalas á la antigua española?

No es nada de eso. A medida que el tiempo pasa, se va adivinando el pensamiento de su excelencia.

Ya la opinion sabe á qué atenerse.
Continuará el mismo presupuesto de guerra.

El mismo presupuesto de clero.
Los mismos miles á las monjas.

Los mismos sueldos de exclaustros.
Todo continuará. Su excelencia tiene ya recursos propios.

¿Qué es ello?
¡Ah! ¡Bendita sea la bondad del Señor!

Un nuevo empréstito, contratado con una nueva casa extranjera.

Tal es el nuevo plan financiero del señor ministro de Hacienda.

Bien hace el general Prim en llevar siempre un revólver en el bolsillo.

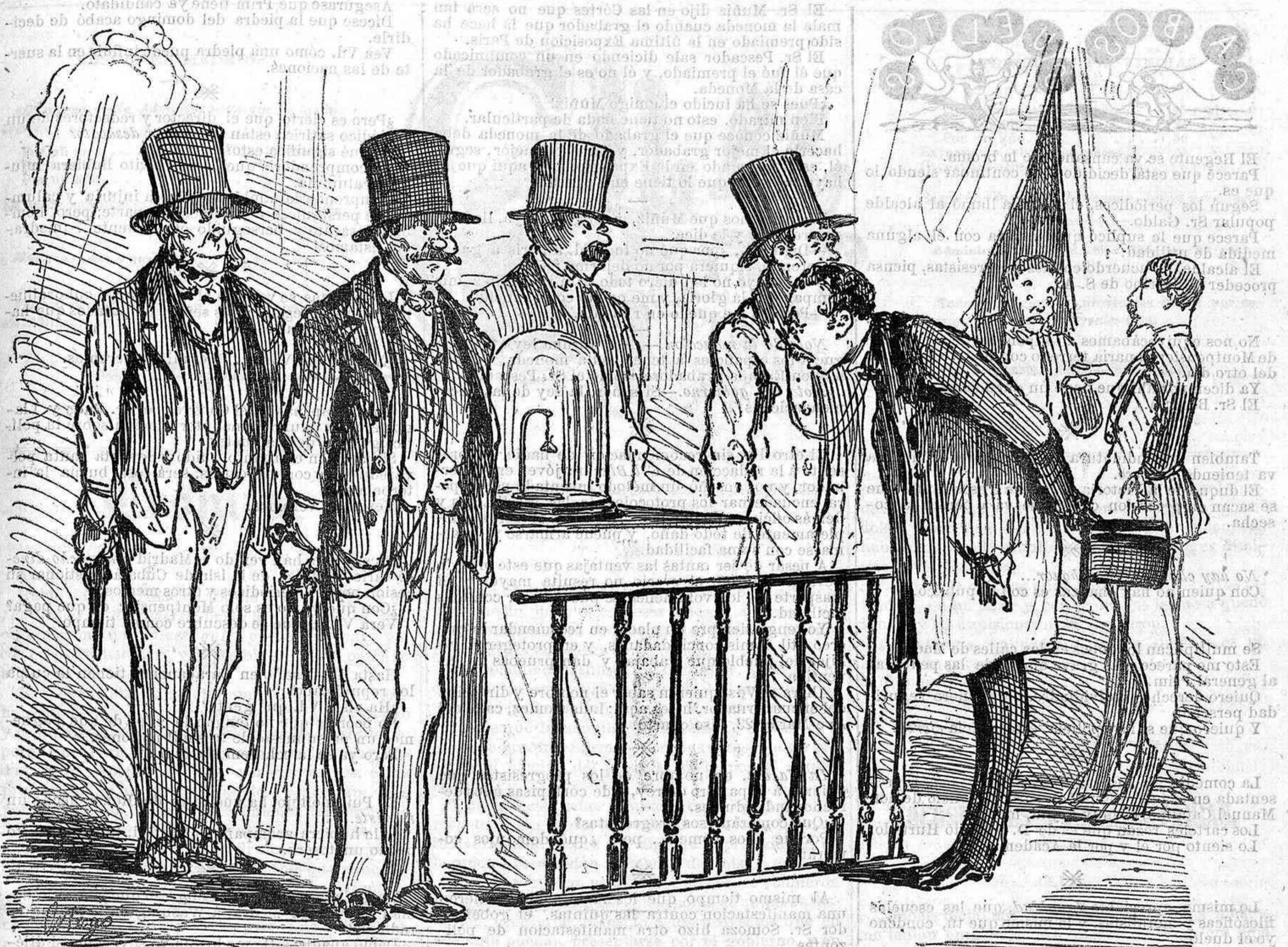
PUES MEJOR.

Me gusta á mí el garbo, y por ende la mayoría.

No me canso de admirarla, y por lo mucho que la quiero no me voy con ella. Necesito tenerla enfrente para recrearme en su contemplacion.

Aquel *¡Pues mejor!* que Espronceda atribuye á la Salada en su poema, sin duda lo habia aprendido la moza de algún hombre de la situacion actual.

Diganles Vds. que un alcalde ha prohibido las manifestaciones pacíficas contra las quintas, como el de Lora del Rio, y les contestarán: mejor.



MUSEO DE CURIOSIDADES.

—Con que esta es la piedra que le arrojaron al general Prim. Les aseguro á Vds. que si llega á hacerle daño se paga á 20 rs. la entrada.

Díganles que la conciliación se va á romper dentro de breves días, y responderán también: mejor.

Díganles que el sostener las quintas les enajena las simpatías populares, y les interrumpirán con un ¡mejor!

Si la fracción de la Perla se agita colocándose en actitud hostil, los otros, con una sonrisita y un mirar de reojo lleno de infantil malicia, os dan con el codo y os dicen: ¡mejor!

Si averigua que el centro fluctuante de la Cámara le ha tropezado adrede, fingiéndose distraído, ya se sabe, se desahoga con un ¡mejor!

No sé yo qué género de calamidad podía sucederle á ese gobierno que no lo recibiera como un beneficio de la Providencia.

¡Cuidado si tiene fé en su estrella!

No encontrareis á ninguno de ellos que no se alegre de que el habérselo disparado una pistola á don Enrique de Borbon, lo haya interpretado el vulgo como efecto de un desafío entre aquel y el duque de Montpensier.

Ninguno de ellos deja de considerar como una suerte el que se les haya puesto en el caso de votar contra la proposición declarando excluidos del trono á todos los Borbones.

¡Habrás visto mayoría más alegre!

Cuando la izquierda parlamentaria se hace á un lado para dejarles toda la responsabilidad de ciertos actos, el júbilo rebosa de la derecha, y se le oye decir:

—Mejor: así verá el país quién abandona sus intereses y quién vela por ellos.

Cuando la izquierda toma á pechos una cuestión,

—Mejor: así verá el país quién le hace perder el tiempo en vanos debates.

Pronuncia el ministro de Fomento un elocuente discurso, y el júbilo los trasporta, y el discurso se imprime en papel de lujo, y el ministro es celebrado como una gloria de la patria.

Pronuncia Castelar un discurso de los suyos, y dicen:

—Mejor para nosotros que el discurso sea bueno: los oradores son los que pierden á los pueblos; son los impotentes: ahí está Cicerón en prueba de ello. Vea, vea el país cómo su perdición está en los bancos de la izquierda.

Cuando se creyó que los republicanos serian capaces de aceptar carteras ministeriales de esta situación, no veía el gobierno cosa mejor que su amalgama con nosotros: aquello era lo bello ideal, lo infinito de la felicidad.

Apenas supo que no querían aceptar, un grito unánime de la mayoría repitió tres veces: ¡mejor! ¡mejor! ¡mejor!

Ya ha llegado á pegármeme á mí también ese optimismo.

Yo, cada vez que oigo á la gente de la situación celebrar algo, me parece también que va á ser mejor para mí.

Así, antes, por ejemplo, me alegraba la esperanza de que desaparecerían las quintas: ahora que veo al país persuadido de que la situación actual no puede librarse de esa desdicha, también se me escapa un ¡mejor!

Antes, no me había ocupado nunca de si el duque

sabía ó no tirar la pistola. Ahora que veo que posee esta ciencia, digo: mejor.

Bien me parecía que fueran cómplices del poder los eternos perseguidores de los derechos individuales; pero cada vez que les veo poner cara fosca al ministerio, digo también: mejor.

Creo en verdad, cuando estoy frío y reflexivo, que la cosa no va excelentemente ni para unos ni para otros; pero de cuando en cuando siento los efectos del contagio y lo veo todo de color de rosa.

Si mañana me dijese que el Regente reclamaba á toca teja sus atributos, en el primer momento no se me ocurriría sino decir: mejor.

Si se pusiera á votación un rey, y el Sr. Posada Herrera y el Sr. Becerra votasen á un mismo individuo, ya sé yo que sería una cosa lamentable; pero ¿qué quieren Vds.? yo, sin poderlo evitar, gritaría: ¡mejor!

Y si tras el rey se votara un presupuesto de 30.000.000 (digo treinta millones) de reales para su majestad, y, rabiando ó no rabiando, prorumpiera en un venenoso ¡mejor!

Resisto lo que puedo á esa tendencia, á eso que en mí se manifiesta; pero no puedo.

Si con menos esfuerzos puedo acercarme á ella, bien; si no, mejor.

Roberto Robert.

